

LAS RELACIONES MONARQUÍA-PAPADO EN LA ETAPA FINAL DEL GRAN CISMA Y LA SUCESIÓN DE DOS MODELOS DISTINTOS DE TRANSFERENCIA FISCAL EN LA CORONA DE ARAGÓN*

JORDI MORELLÓ BAGET

Institución Milà i Fontanals – CSIC (Barcelona)

En las instrucciones transmitidas a los embajadores que debían viajar a Génova, donde a la sazón –verano de 1405– se hallaba el papa Benedicto XIII, el rey Martín el Humano mostraba sus discrepancias en una serie de cuestiones¹: concretamente, se lamentaba de que, debido a las múltiples exacciones impuestas sobre el clero, se estaba produciendo mucha salida de numerario fuera de sus dominios, siendo dinero gastado “en estranyes regions”, esto es, para gastos de los cardenales de la corte pontificia. Al mismo tiempo, también mostraba su disconformidad con respecto al número de prelados de la Corona de Aragón que actuaban al servicio del papa (como es sabido, Benedicto XIII fue sustituyendo a los cardenales desafectos por personal aragonés, mucho más fiel a su persona), lo que, al decir del propio rey, no sería consentido por otros príncipes que se encontraran en esa misma situación. En cuanto al tema de las exacciones, los embajadores debían suplicar al papa “que vulla descarragar los clergues, religiosos e

* Siglas utilizadas: ACA =Archivo de la Corona de Aragón [C =Cancillería; MR =Maestre Racional; RP =Real Patrimonio]; ACB =Archivo de la Catedral de Barcelona; ACV =Archivo de la Catedral de Valencia; ADB =Archivo Diocesano de Barcelona [RC =Registra Communium]; ARV =Archivo del Reino de Valencia; ASV =Archivo Secreto Vaticano [Reg. Vat. =Registra Vaticana]; Bulario = O. CUELLA, *Bulario aragonés de Benedicto XIII*, 4 vol., Zaragoza, 2003-2009 [obra consultable online]. Revisitas: AEM =Anuario de Estudios Medievales; AST =Analecta Sacra Tarraconensia; HS =Hispania Sacra.

1. Los embajadores eran Gil Rodrigo de Lahori, gobernador de Aragón, y el vicecanciller Esperandéu Cardona; ACA, C, reg. 2292, f.87r y sig. La estancia de Benedicto XIII en Génova se documenta hasta los primeros días de octubre de 1405.

monastirs dels regnes del dit senyor rey d'Aragó de les collectas que imposa e exhegeix contra ells, les quals són en tanta quantitat que en alguna manera no's porien supportar, e lo dit greu excessiu daria matèria al dit senyor rey de no consentir tals coses qui tornen en tal ruina dels dits regnes e dels habitants de aquells e dels benifets, la qual ruyna lo dit sant pare axí com a compatriota deu squivar de totes ses forces e tractar aquells axí com papa Gregori e papa Urbà e altres lurs predecessors han benigneament tractats aquells"².

Así pues, a través de esta embajada, el rey se postulaba en contra de una fiscalidad –la papal– que consideraba excesiva, al menos en comparación con la forma de actuar de anteriores pontífices, toda vez que se erigía en defensor del clero de sus reinos, si bien en la medida en la que veía perjudicados sus propios intereses, tal como se hace evidente respecto a la cuestión monetaria planteada, muestra palmaria de bullonismo. Y todo ello se hacía invocando, en este caso, el hecho de que el papa fuera aragonés, lo que hacía aún más incomprensible ese comportamiento tan perjudicial para con sus súbditos eclesiásticos de la Corona de Aragón.

Por su parte, Stéphane Péquignot se ha referido a la embajada constituida tres años después (octubre de 1408), en la que el rey Martín quiso negociar con el papa una serie de demandas que, de haber sido admitidas, habrían supuesto, según el mencionado historiador, una redefinición de las relaciones establecidas hasta entonces entre ambos poderes, esto es, a favor de la monarquía. Sea como fuere, interesa destacar aquí los términos iniciales que vienen expresados al principio de dicha embajada en un tono más bien recriminatorio: en opinión del rey, el papa, a pesar de ser originario del reino de Aragón, aún no había hecho nada sustancial a favor de la Corona de Aragón ni tampoco del bien público de los reinos dependientes de dicha corona; por todo lo cual dicho pontífice, según el rey, tenía una deuda pendiente con respecto a sus reinos que haría bien en saldar dando su visto bueno a todas las demandas que sus embajadores le expondrían en aquel momento³. ¿Estaría el rey simplemente exagerando con el fin de lograr arrancar del pontífice todo lo que se le pedía?

2. *Ibidem*, f.90r.

3. Entre esas demandas, se incluían las siguientes: separación de los reinos de Sicilia y Nápoles; creación de 4 obispados nuevos; elevación de la diócesis de Valencia al rango de arzobispado y del monasterio-priorato de Monserrat al rango de abadía; derecho de supervisión por lo que respecta a los nombramientos de las más altas dignidades y de otros beneficios eclesiásticos; la mitad de las vacantes por 10 años. Benedicto XIII tan sólo dio el visto bueno a la elevación de Monserrat y poco más...; cf. S. PÉQUIGNOT, "À bonne distance. Le pouvoir royal aragonais et le concile de Perpignan", en H. MILLET (dir.), *Le concile de Perpignan (15 novembre 1408-26 mars 1409). Actes du colloque International (Perpignan, 24-26 janvier 2008), Études roussillonaises*, XXIV (2009-2010), pp. 85-92, espec. p. 90. Este autor tiene en preparación una edición de este y de otros documentos que podrán servir para mostrar cómo se fueron deteriorando las relaciones entre el papa Benedicto y el rey Martín en la fase final de su reinado.

Pues bien, como los resultados obtenidos de esa embajada fueron mucho menores a los esperados, las relaciones entre ambos dignatarios entraron, durante los meses siguientes, en una fase muy crítica, que casi habría podido llevar a un punto de ruptura. Aun así, la monarquía mantuvo su apoyo al papa, pero lo hizo, al decir de Péquignot, de forma distante y crítica, adoptando una posición intermedia entre las dos más extremas: entre la sustracción de obediencia y el apoyo incondicional.

En definitiva, si, al principio del reinado de Martín I, las relaciones con el papa aragonés prometían ser más cordiales que nunca⁴, durante los últimos años comenzaron a abrirse brechas hasta llegar a un punto crítico, coincidiendo (entre 1408-1409) con la celebración del concilio que Benedicto XIII había convocado en Perpiñán para declararse como único papa legítimo.

Al hilo de lo que se ha expuesto aquí, uno se pregunta: ¿hasta qué punto el papa era injustamente acusado de no haber hecho nada a favor de los reinos de la Corona de Aragón? Naturalmente, para dar respuesta a esta cuestión, habría que considerar, como mínimo, tres ámbitos (jurisdicción, política benefical y fiscalidad) que conforman, en la época que estamos considerando aquí, las principales cuestiones de negociación (y también de confrontación) entre papado y monarquías⁵. En mi caso, me centraré en una serie de cuestiones que atañen al ámbito de la fiscalidad, o más concretamente por lo que se refiere al tema de la transferencia de renta eclesiástica a favor de la monarquía. Seguidamente, trataré de ver en qué se sustentaba el aludido incremento de la presión fiscal sobre el clero de la Corona de Aragón, para pasar a ver, en última instancia, cómo se fue transfor-

4. Recuérdese que una de las primeras actuaciones políticas de Martín I, en su viaje de regreso a Cataluña desde Sicilia, fue hacer escala en Marsella para visitar la corte aviñonesa y prestar vasallaje a Benedicto XIII por las islas que tenía en feudo del papado. Una muestra del buen entendimiento entre ambos fue la concesión al rey, por parte del papa, de cierta cantidad (al parecer, 15.000 florines) como ayuda para la conquista de Sicilia y para poner fin a la rebelión; cf. M.T. FERRER MALLOL, "Un aragonés consejero de Juan I y de Martín el Humano: Francisco de Aranda", *Aragón en la Edad Media*, XIV-XV (1999), p. 540. Ya antes, en 1395, Benedicto XIII había concedido a Juan I, también en ayuda de Cerdeña, otra suma de dinero (18.000 fl.), que se fue pagando gradualmente a partir de los ingresos de la colecturía de Aragón; entre otros testimonios documentales, véase el de S. PUIG, *Pedro de Luna: último papa de Aviñón (1387-1430)*, Barcelona, 1920, Ap. doc. VII, pp. 450-451.

5. Véase, por ejemplo, J. M. NIETO, "Iglesia y orígenes del Estado moderno en la Castilla Trastámara", *Espacio, Tiempo y Forma*, 4 (1991), p. 140. Entre las sucesivas peticiones realizadas por la monarquía a la curia pontificia, fue habitual juxtaponer cuestiones de tipo jurisdiccional, fiscal y benefical. Por lo que se refiere a la provisión de beneficios eclesiásticos, parece que el influjo de la monarquía aragonesa habría alcanzado su máximo auge, precisamente, en tiempos de Martín I, quien en una sola ocasión llegó a obtener de Benedicto XIII prebendas para más de 1.400 eclesiásticos; cf. J. VINCKE, "Estado e Iglesia en la historia de la Corona de Aragón de los siglos XII, XIII y XIV", *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, t. 1, Barcelona, 1962, p. 271. En todo caso, éste es un tema que merecería un estudio monográfico.

mando esa fiscalidad en los años que siguieron a la entronización de los Trastámaras, en un periodo coincidente, en el orden internacional, con la celebración del concilio de Constanza (1414-1418) y con la última etapa del Cisma en la Corona de Aragón o los primeros años del reinado de Alfonso el Magnánimo.

LA FISCALIDAD COMPARTIDA ENTRE BENEDICTO XIII Y MARTÍN I

En materia fiscal, la monarquía solía ser beneficiaria, como resultado de las negociaciones realizadas en la curia pontificia, de diversas gracias o concesiones. Dado que tales concesiones papales tenían siempre un carácter personal (no eran transmisibles a otra persona diferente de la receptora de la gracia), el momento de la sucesión pasaba a ser una cuestión delicada: así, cuando la muerte de Juan I (mayo 1396), se estaban cobrando distintas fuentes de renta que la monarquía tenía concedidas del papado; nos referimos a la concesión múltiple realizada en 1393 por Clemente VII a favor de aquel monarca de una décima trienal, primicias por 8 años, causas pías inciertas por 3 años y usuras por 5 años⁶. En consecuencia, todas las tributaciones que aún estuvieran vigentes en aquel momento debían cesar hasta la obtención de nuevas concesiones o prórrogas a favor del nuevo monarca⁷.

Si bien la colecta de dicha décima trienal quedó por el momento incompleta (faltaba realizar el cobro de la última paga de S. Juan Bautista, en junio de 1396), durante el reinado de Martín I siguieron recaudándose otras décimas. Este monar-

6. Véase M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ, “El *fisc de les usures* en la Corona de Aragón a principios del siglo XV”, en D. QUAGLIONI, G. TODESCHINI y G. M. VARANINI (eds.), *Credito e usura fra teologia, diritto e amministrazione. Linguaggi a confronto (sec. XII-XVI)*, Roma, 2005, pp. 197-228. Naturalmente, en este cóctel fiscal habría que diferenciar entre aquellos tributos que recaían estrictamente sobre el clero —caso de la décima— de aquellos otros que afectaban a la población laica o, como en el caso de las primicias, a las comunidades vecinales del reino de Aragón.

7. Por lo que respecta a las llamadas causas pías, el trienio prácticamente estaba cumplido cuando se produjo la muerte de Juan I y ya no se habría considerado pertinente proseguir con su recaudación. En cuanto a las usuras, la monarquía obtuvo una nueva concesión en 1400 a cuenta de los 2 años que faltaban recaudar de la anterior concesión. El pago de las primicias suscitó múltiples quejas por parte de las comunidades aragonesas afectadas por este impuesto. En el concilio celebrado en Zaragoza en 1395 se incluyó una constitución por la cual Benedicto XIII declaró inválida cualquier concesión de ellas, entendiendo que tan sólo podían ser destinadas a usos canónicos; cf. O. CUELLA, *Concilios provinciales cesarraugustanos confirmados por el papa Luna*, Zaragoza, 1994, p. 16. No obstante, más tarde se hará referencia a concesiones realizadas a favor tanto de Juan I como de Martín I y a la causa interpuesta por la Cámara Apostólica contra algunos lugares que desde los tiempos de Clemente VII se negaban a pagar; cf. Bulario, II, doc. n.º 1104, p. 515 (el documento es de 1411 y se refiere a los lugares y aldeas de la Comunidad de Daroca). Con todo, aún en 1417, a petición del Capítulo de Huesca, Benedicto XIII confirmaba las letras apostólicas expedidas por Clemente VII en 1391, por las que Juan I renunciaba, una vez cumplidos los plazos, a la concesión pontificia de primicias, para que éstas pudieran ser aplicadas de nuevo, y de forma íntegra, al mantenimiento de las iglesias locales; cf. Bulario, III, doc. n.º 879, p. 395.

ca fue beneficiario de una décima trienal (1397), seguida de otra septenal (1400), que fue considerada como continuación de la que había quedado interrumpida en 1393 (añadiendo 7 años y medio a los 2 años y medio de la primera concesión trienal, por lo que pudo ser contabilizada como decenal) y, por último, una décima trienal (1407). Esos periodos se fueron encadenando unos con otros, dejando apenas intersticios temporales sin actividad recaudatoria de este impuesto⁸.

Así pues, Martín I pudo percibir de manera prácticamente regular el producto de las décimas a lo largo de todo su reinado (veremos más tarde qué sucedió a raíz de su muerte en 1410). En todo caso, Benedicto XIII, a diferencia de sus predecesores, dio muestras de una mayor generosidad (¿por ser aragonés y familiar el rey Martín?) en la concesión que hizo al rey de Aragón de periodos más amplios de recaudación, como fue el caso de la décima por 10 años (en realidad septenal) a la que ya hemos hecho alusión.

Como es sabido, en esa época, el producto de este impuesto se distribuía en 2/3 partes para la monarquía y la parte restante para el papado, en concepto de reserva. A pesar de que la recaudación seguía estando bajo control, en buena medida, de los colectores eclesiásticos, la monarquía podía obtener unos ingresos que rondarían las 12.000 libras anuales⁹.

Todas las décimas concedidas a la monarquía, junto con las primicias y demás tributos incluidos en la concesión de 1393, estaban destinadas a un mismo fin, como era la liberación o recuperación de Cerdeña y Córcega, o, más en concreto, para la proyectada campaña militar con la que se pretendía acabar con la revuelta sarda, a lo que también se añadió, a finales de siglo, la cuestión de Sicilia a propósito de la ayuda reclamada por Martín el Joven (como es sabido, todas esas islas eran feudos del papado, por lo que el empeño por someterlas al dominio aragonés implicaba por igual a los papas aviñoneses en la lucha que éstos sostenían contra sus rivales romanos). Sin embargo, y al margen del hecho de que algunas de las primeras partidas procedentes de la décima trienal de 1397 fueron realmente destinadas a sufragar los gastos de la armada que se estaba preparando en Barcelona, el producto de estos impuestos acabó siendo utilizado para otros fines, sobre todo para pagar los intere-

8. Antes incluso, de las concesiones realizadas por Benedicto XIII, se estuvo recaudando otra décima que había concedido Clemente VII a Juan I, por una anualidad (1396-1397), que de alguna manera habría sido avalada por el nuevo pontífice, una vez debió de quedar zanjado el problema planteado por la muerte de Juan I.

9. Al respecto, véase J. MORELLÓ, "La contribución de la Iglesia a las arcas del rey: a propósito de la recaudación de las décimas en la Corona de Aragón a finales del siglo XIV y principios del XV", en M. Sánchez Martínez (coord.), *Iglesia y fiscalidad en la Baja Edad Media*, en prensa. Según parece, la misma repartición fue aplicada a la recaudación coetánea de las primicias.

ses anuales de la enorme deuda censal contraída por Juan I y su esposa Violante a finales de 1393 con el mercader Lucchino Scarampi de Asti y otros asociados a él para financiar, precisamente, la armada de Cerdeña. Ahora bien, el hecho de que la Administración Real mantuviera asignadas a este fin los ingresos procedentes de la décima eclesiástica, junto con otro tipo de rentas e impuestos¹⁰, se hacía incumpliendo los preceptos de las bulas papales. De ello se quejaba Benedicto XIII en octubre de 1409, cuando advertía al rey Martín que el producto de la décima entonces vigente debía servir para la finalidad para la cual había sido concedida (la recuperación de Cerdeña-Córcega) y no para otras finalidades para las cuales no había dado su permiso¹¹. Uno se pregunta, sin embargo, ¿por qué dicho papa había tardado tanto en dar un toque de atención al respecto?, ¿es que no había tenido constancia hasta entonces de esa forma de proceder o sí la tenía, pero había preferido evitar cualquier motivo de confrontación? Sea como fuere, ello ocurría cuando las relaciones entre ambos dignatarios ya no pasaban, precisamente, por su mejor momento.

Martín I también quiso poner mano a otra fuente de renta papal, como eran las vacantes¹². Sin embargo, la petición formulada a través de la embajada de 1408 de la mitad de esa fuente de ingresos por 10 años no fue aceptada. Como parece evidente, Benedicto XIII no estaba dispuesto a conceder muchos más favores al monarca aragonés de los que éste ya estaba disfrutando por gracia papal.

En suma, durante esta etapa, la monarquía, a pesar de no obtener todo lo que quería, tenía asegurada una vía de transferencia de renta eclesiástica prácticamente regular a través del impuesto de la décima. Ahora bien, el hecho de que esos ingresos fueron utilizados para otros fines, distintos de los autorizados a través de las concesiones papales, sería un punto más de fricción en el marco de unas relaciones que ya no eran del todo satisfactorias para ambas partes. Llegados a este punto, también habría que tener en cuenta cómo se ejerció la fiscalidad papal en la Corona de Aragón en tiempos de Benedicto XIII a lo largo del periodo que discurre en paralelo con el reinado de Martín I (1396-1410).

10. A propósito de los diferentes derechos asignados a estos censales, se hace referencia a las décimas de tres trienios (18 anualidades), las primicias de 7 años y todas las demás rentas eclesiásticas incluidas en la concesión papal de unos meses antes, según información suministrada por la doctora M. T. Ferrer Mallol, a quien agradezco la gentileza.

11. Cf. *Bulario*, II, doc. n° 889, p. 420.

12. De hecho, no era la primera vez que la monarquía aragonesa reivindicaba este tipo de ingresos, teniendo en cuenta los precedentes que se registran a finales del s. XIII y durante el primer tercio del s. XIV; véase, al respecto, J. VINCKE, "La Corona d'Aragó i el començament de les anualitats papals", *AST*, 8 (1932), pp. 87-92. También Pedro el Ceremonioso pudo beneficiarse de los ingresos de las vacantes a finales de su reinado, a raíz del secuestro de la Cámara Apostólica, pero en circunstancias, por tanto, del todo extraordinarias.

LOS INGRESOS DE LA CÁMARA APOSTÓLICA EN TIEMPOS DE BENEDICTO XIII

Como es sabido, la Cámara Apostólica era el organismo central de las finanzas pontificias, cuya jurisdicción se extendía sobre las diferentes colectorías de la Cristiandad, a cuyo frente había una persona designada por el papa (o el camare-ro), para ocuparse de la gestión de los correspondientes derechos fiscales en su respectiva circunscripción.

A lo largo del pontificado de Benedicto XIII, se fueron sucediendo diversos colectores en la Corona de Aragón¹³. Todos ellos ejercían un control sobre los distintos subcolectores que había operando en cada diócesis, los verdaderos recaudadores de los diferentes derechos pertenecientes a la Cámara Apostólica, tales como las vacantes de beneficios y las anatas, esto es, sobre las rentas del primer año de un beneficio tras su colación¹⁴. Ahora bien, parece que el papa Benedicto no se contentó con cobrar esos derechos, sino que intentó sacar provecho de la situación de vacancia de algunas sedes episcopales para obtener mayores réditos económicos de los habituales, esto es, propiciando que las rentas de dichos beneficios pasaran a ser íntegramente satisfechas a la Cámara Apostólica a lo largo de periodos más o menos prolongados en el tiempo¹⁵. Así habría ocurrido en el caso del obispado de Valencia, que permaneció vacante durante 2 años y 7 meses (entre 1397 y 1400)¹⁶. Lleida estuvo sin obispo por un periodo de 4 años (entre

13. Uno de ellos fue Berenguer Ribalta, prior del convento de Santa Ana de Barcelona y más tarde obispo de Tarazona, que fue nombrado colector el 25.IX.1400, cargo que ejerció hasta su muerte (marzo de 1405). Se han conservado las cuentas de su colectoría para el bienio 1400-1402: al respecto, véase J. MORELLÓ, "La maquinaria fiscal del papado aviñonés en la Corona de Aragón: la colectoría de Berenguer Ribalta (1400-1402)", *AEM*, 39/1 (2009), pp. 65-125. Como veremos aquí, antes de ser nombrado como tal colector, ejerció otras funciones como recaudador de algunos subsidios.

14. Anatas y vacantes, aun siendo dos derechos distintos, solían ser computadas conjuntamente (en la colectoría de B. Ribalta, bajo el epígrafe de "vacantes" se suelen contabilizar ingresos por anatas). De la importancia de estos ingresos dan testimonio algunos registros notariales que bajo la denominación de "Libri Camere Apostolice" u otros títulos se conservan en diversos archivos eclesiásticos, conteniendo, sobre todo, escrituras relacionadas con la gestión de las anatas; al respecto, J. MORELLÓ, "La actividad de la Cámara Apostólica en la Corona de Aragón a través de las fuentes notariales", en *La escritura de la memoria: los registros. VIII Jornadas de Ciencias y Técnicas Historiográficas*, en prensa.

15. Al decir de algunos historiadores, esta forma de abuso oportunista ya se venía practicando desde tiempo atrás, considerando que fue práctica común durante toda la etapa aviñonesa; cf. H. JEDIN (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia. IV. La Iglesia de la Edad Media después de la Reforma Gregoriana*, Barcelona, 1973, p. 554. Por su parte, Favier tildaba de fiscalidad escandalosa la prolongación de la reserva de vacantes durante largos periodos; cf. J. FAVIER, *Finance et fiscalité au Bas Moyen Âge*, Paris, 1971, pp. 160-161. Probablemente, una larga vacante podría rendir tanto o más que el cobro de una anata.

16. Cf. V. CÁRCEL ORTÍ, *Historia de les tres diòcesis valencianes. València, Segorbe-Castellón, Orihuela-Alicante*, Valencia, 2001, p.131; véanse las instrucciones dadas al colector de Aragón para el cobro de las anatas del difunto obispo de Valencia en S. PUIG, *Pedro de Luna... cit.*, Ap. doc. XXV, p. 466.

1399 y 1403¹⁷) y, mientras tanto, las rentas de la mensa episcopal pasaron a ser administradas por un canónigo nombrado *ad hoc*¹⁸. Todos o una parte importante de los emolumentos procedentes de este obispado fueron transferidos a Aviñón por parte del colector B. Ribalta, pasando a ser el principal capítulo de ingresos –casi un 22% del total– por lo que respecta al 2º ejercicio de su colectoría (1401-1402). Probablemente, habría que considerar otros casos de apropiación de vacantes episcopales, como el que afectó al arzobispado de Zaragoza durante los años 1411-1415¹⁹.

Entre los demás derechos debidos a la Cámara Apostólica, había las procuraciones (relacionadas con las tasas que debía percibir cada obispo por visitar su diócesis), las décimas (por la parte reservada al papa) y los llamados subsidios caritativos. Seguidamente, pasaré a comentar cada una de estas tres fuentes de ingresos:

a/ La reserva de procuraciones

Los papas, por lo menos desde Urbano V (1362-70), acostumbraron a hacer reserva de las llamadas procuraciones o visitaciones²⁰. Benedicto XIII fue continuador de esa tendencia, pero imprimiendo, si cabe, una mayor regularidad.

17. Cf. P. BERTRAN, “L’església catalana en el marc del concili de Perpinyà”, en H. MILLET (dir.), *Le concile de Perpignan...* cit., pp. 157-167; P. BERTRAN/F. FITÉ (coords.), *Arrels cristianes: presència i significació del cristianisme en la història i la societat de Lleida. II. Temps de consolidació. La Baixa Edat Mitjana (segles XIII-XV)*, Lleida, 2008, p. 90.

18. Se trata del sacristán Joan Senant, quien al mismo tiempo ejerció como comisario de los derechos de la Cámara Apostólica en esa diócesis; cf. M. ROVIRA, *Catàleg dels pergamins municipals. III. Any 1396-1440*, doc. n° 917, p. 110.

19. Como es sabido, esta vacancia se produjo tras el asesinato del arzobispo García Fernández de Heredia, que tanta repercusión tuvo en el desarrollo de la disputa sucesoria; cf. A. SERRANO, “Episcopologio de Zaragoza”, *Aragonia Sacra*, XVI-XVII (2001-2003), p. 213. Independientemente del hecho luctuoso, la cuestión es que dicho arzobispado pasó a ser retenido por el papa “usque ad nostrum dumtaxat beneplacitum”; cf. T. DOMINGO ET ALII, “En la estela de un centenario: Bulas originales del Papa Luna en los archivos capitulares de Zaragoza”, *Revista Aragonesa de Teología*, 2 (1995), doc. VI, pp. 80-81. Para ello fueron nombrados como vicarios generales del arzobispado, en primera instancia, dos clérigos de la Cámara Apostólica: Julián de Loba, que era canónigo en Tarazona, y Jimeno Dahe, auditor de dicha Cámara.

20. De entrada, se suele hacer una distinción entre íntegras y medias procuraciones: las primeras serían percibidas de los abades, arciprestes y arcedianos; y las segundas de los arzobispos y obispos; ASV, Reg. Vat. 281, ff.236r-238r; véase también J. FAVIER, *Finance et fiscalité...* cit., pp. 161-162. En cuanto al sistema de percepción, era todo el clero de la diócesis el que estaba obligado a contribuir de forma más o menos proporcional al valor de sus beneficios, quizás a partir del establecimiento de una serie de tramos fiscales, según la presunción de S. BOISSELLIER, “Decimes et reserves des procurations dans la collectorie portugaise (1279-1371). L’apport des registres fiscaux pontificaux”, en M. Sánchez Martínez (coord.), *Iglesia y fiscalidad en la Baja Edad Media*, en prensa. Más adelante, se hará referencia a otro tipo de prestación conocida por el mismo nombre, pero que solían exigir los legados papales para sufragar los gastos de sus desplazamientos.

Las fuentes documentales que poseemos para el obispado de Elna nos informan de una sucesión de colectas al respecto: ya durante el primer año de su pontificado, Benedicto XIII se avino a seguir los pasos de su predecesor (Clemente VII), que había hecho percibir una íntegra procuración durante el bienio 1393-94, imponiendo otra íntegra procuración, a pagar en cuatro plazos durante dos años (1395-1396). Siguió después otra procuración, de igual duración y mismos plazos (1397-98) y otras más para los bienios 1399-1400 y 1401-1402. Posteriormente, tenemos documentada otra íntegra procuración para el bienio 1405-1406, aunque, por lo que parece, sólo se habría recaudado el primer plazo. Sea como fuere, el hecho es que en esta diócesis se estuvieron recaudando procuraciones a lo largo de 10 años ininterrumpidos (entre 1393-1402), con una posterior reactivación a partir de 1405. No sabemos hasta qué punto esta sucesión de colectas sería extrapolable a las demás diócesis de la Corona de Aragón (recordemos que Elna pertenecía a la provincia eclesiástica de Narbona), aunque la respuesta, según parece, sería afirmativa.

Respecto al ámbito de la Tarraconense, podemos referirnos a un documento de 1401, donde se alude a la segunda paga del primer año del quinto bienio de las medias procuraciones (sic)²¹, lo que presupone 10 años de recaudación continuada. El hecho de que este impuesto se estuviera recaudando de manera bastante regular queda reflejado en la colectoría de B. Ribalta (1400-02), desde el momento que tenía configurado un apartado específico, al igual que las anatas/vacantes y las décimas.

El papa volvió a recurrir a las procuraciones en 1407, encargando a Vicenç Sagarra su recaudación en el ámbito de la Corona de Aragón para un nuevo bienio, que estaría comprendido entre los meses de octubre de 1407 y 1409²². Y más tarde seguirían decretándose otras prórrogas, como veremos luego. Todo lo cual permite concluir que estaríamos ante una fuente de ingresos, sino del todo, prácticamente ordinaria.

b/ Las décimas de reserva papal

Cuando Pedro Martínez de Luna fue nombrado papa (28.IX.1394), en la Corona de Aragón se estaba recaudando una décima trienal, que el predecesor de Benedicto XIII (Clemente VII) había otorgado a Juan I en 1393 (cobradas ya dos

21. Referido a la paga de Navidad de 1400 y a la colecta de la diócesis de Tarragona: cf. M. ROVIRA, *Catàleg dels pergamins...* cit., III, doc. n° 869, p. 71.

22. En las provincias de Tarragona y Zaragoza, y diócesis de Mallorca y Elna, además de Pamplona; cf. *Bulario*, II, doc. n° 533, p. 265.

pagas, faltaban por recaudar otras cuatro para completar dicho periodo de 3 años). Como ya se ha indicado, esta recaudación decimal quedó interrumpida a causa de la muerte del rey en 1396 (también la muerte del papa Clemente VII fue aducida en algún momento como causa, digamos que secundaria, para la interrupción de esa colecta).

Benedicto XIII, como continuador de la política fiscal de su predecesor, se retuvo la tercera parte de las sucesivas décimas concedidas a favor del monarca aragonés. Ahora bien, llegamos a un punto crítico como fue la muerte, sin descendencia, del rey Martín, en mayo de 1410, y del consiguiente problema sucesorio. Como hemos visto, en aquel momento estaba recaudándose una décima trienal, y como ya había ocurrido con la muerte del anterior monarca, otra vez se planteó el dilema de si se debía proseguir con la recaudación de ese impuesto²³. Al respecto, tenemos constancia de una “*littera per quam mandatur quod due partes decime concease domino regi exhiguntur, non obstante morte eiusdem*”; en realidad, lo que hizo el papa fue ordenar al colector (lo era el ya mencionado Vicenç Sagarra) y a los subcolectores de la décima la retención, hasta nueva orden, de la recaudación del tercer año, por lo que concierne a la parte del rey, que estaba asignada a diversos acreedores de la Corona²⁴. Tan sólo se permitió sustraer de esa colecta cierta cantidad (3.000 fl.) que el papa consideraba que debía servir para ayudar a pagar los gastos de ejecución del testamento real.

Finalmente, Benedicto XIII decidió que la recaudación de la décima del tercer y último año fuera realizada por un clérigo de la Cámara (una vez más, Julián de Loba, canónigo de Tarazona), tanto de la tercera parte reservada por el papa como de las 2/3 partes que tenía adjudicadas el rey difunto²⁵. Así pues, parece que el papa optó por revertir todo el producto de esta décima a favor de la Cámara Apostólica²⁶. Naturalmente, esta decisión, en absoluto disonante con las facultades que tenía adjudicadas el papa, tendría carácter, en principio, provisional, es decir, mientras durase el interregno.

23. “*tamen quia dicto rege defuncto revocatur in dubium an huiusmodi concessio expiraverit vel non*”; ACB, vol. 406, s.f.

24. ACV, reg. 3580, s.f. (carta del 3.VII.1410). O, como se indica en otro lugar: “*sit provisum ut de dictis decimis restantibus ex dicto triennio pro dictis duabus partibus nulli respondeatur donec aliud receperitis in mandatis*”; ACB, vol. 406, s.f. Entre los acreedores a los cuales se hace alusión, estaría el conocido Luchino Scarampi o sus descendientes.

25. ACB vol. 406, s.f. No debe extrañar, por tanto, que en los libros de colecta conservados en el ACA tan sólo se recoge la gestión contable de los dos primeros años.

26. “*de la qual dècima triennial ha manat pendre (...) de la Cambra nostre senyor lo papa après mort del dit senyor rey, de què no-n dóna ací lo dit sots collector, ans lo dóna al reverent collector apostolical*”; ACA, RP, MR, reg. 1904 (Mallorca), s.f.

En suma, durante este periodo de tránsito entre los siglos XIV-XV, tanto las décimas (ya fueran concedidas por trienios o más años) como también las procuraciones (contabilizadas aún por bienios) pasaron a ser impuestos de carácter ordinario²⁷. Cada año se iría sucediendo una paga tras otra: en la fiesta de Resurrección (marzo), media procuración; en la de S. Juan Bautista (24-VI), media décima; y en la de Todos los Santos (1-XI), paga conjunta, esto es, media procuración y media décima.

Para el papado aviniones, pese a retener sólo 1/3 parte del producto del impuesto, la décima era la fuente de ingresos principal, en principio superior a la de cualquier otra fuente de ingresos procedente de la colectoría de Aragón, con excepción de otros ingresos de carácter más extraordinario. A partir del análisis de la colectoría de 1400-1402, las décimas, incluyendo restas de anteriores recaudaciones, suponen, respectivamente, un 45% (1400-01) y un 36% (1401-02), el doble o el triple de lo obtenido de otros ingresos, como las anatas y las procuraciones.

c/ Subsidios de carácter extraordinario

La colectoría de Aragón también proporcionó a Benedicto XIII ingresos procedentes de algunos subsidios –generalmente denominados “caritativos”– o ayudas motivadas por determinadas necesidades más o menos puntuales. Al respecto, es interesante observar en qué medida estas ayudas fueron hechas con el consentimiento del clero –en el marco de las asambleas eclesíásticas– o sin su consentimiento. Veamos, primero de todo, la cronología:

A finales de 1395, el clero reunido en concilio en las respectivas capitales de provincia (en un caso presidido por el arzobispo Ennec de Vallterra y en el otro por el arzobispo García Fernández de Heredia) aprobó, por separado, un subsidio para subvenir a los gastos que el papa decía sostener por la cuestión del Cisma²⁸. Como se suele indicar en estos casos, este subsidio tenía carácter “gracioso”. En cuanto al sistema de percepción, nos consta que fue computado a razón de 2 sueldos por libra (10%) del valor anual de cada beneficio según la tasa decimal. Naturalmente, la recaudación se llevaría a cabo durante el siguiente año, a tenor de los

27. A ello aludía, ya en 1398, el clero de la provincia de Tarragona: “...decimarum per Sedem Apostolicam concessarum dominis regibus Aragonum et etiam mediarum visitationum per dominum nostrum papam impositarum a multis annis citra continue et incessanter in tantum quod quasi ordinarie sint efecte”; ADB, RC, vol. 47, ff.162r-163r.

28. Respecto de las constituciones que fueron aprobadas en el concilio de Zaragoza, no se da constancia de ningún subsidio; cf. O. CUELLA, *Concilios provinciales cesaraugustanos...* cit., pp. 12-16.

plazos establecidos en marzo y septiembre²⁹. También el obispado de Elna debía contribuir con la misma cuota, pero en diferentes fechas³⁰.

Respecto de 1398, se documenta un nuevo subsidio que fue concedido en otra reunión conciliar celebrada en Tarragona en noviembre de ese año. Una vez más, esto se habría hecho a petición del papa, que por aquel entonces se encontraba asediado en el palacio de Aviñón³¹. Establecido a razón de 12 dineros por libra, se debía pagar en dos plazos idénticos al anterior: marzo y septiembre. Como vemos, la cuota (1 s.) era más moderada que antes, siendo una moderación consentida a tenor de la situación en la que debía encontrarse el clero a causa de las múltiples exigencias tributarias a las que había tenido que hacer frente, con especial referencia al subsidio anterior, entre otras circunstancias que estarían provocando una disminución de sus rentas³². Ignoramos cuál habría sido la ayuda del clero aragonés al papa atribulado, por cuanto no hay constancia de la celebración de ningún concilio provincial por esas fechas.

El siguiente subsidio a favor del papa Benedicto nos traslada a los años 1405-1406. En esta ocasión, no nos consta que hubiera sido aprobado por ninguna asamblea eclesiástica. El papa comisionó la gestión del mismo al obispo electo de Tarazona (el excolector Berenguer Ribalta) y a Francesc de Blanes, que acabó actuando como ejecutor principal. Este subsidio fue impuesto sobre todo el clero de la Corona de Aragón, incluyendo esta vez a las órdenes militares, y debía servir para sufragar los gastos del viaje que el papa pensaba realizar a Italia para poner fin al Cisma y para alcanzar la tan anhelada Unión de la Iglesia³³.

29. Pagando la mitad (1 s.) más 1 d. por libra que sirvió para sufragar los gastos de una embajada del clero de la provincia ante el papa, el 15 de marzo, y la otra mitad (1 s.) en la fiesta de S. Miguel, según se hace constar en la diócesis de Barcelona; ADB, RC, vol. 46 (1395-97), ff.92v-95v. Según las cuentas presentadas por Berenguer Ribalta en marzo de 1397, se recaudaron poco más de 22.500 florines, aunque en el correspondiente regesto no se especifica qué parte correspondería a cada provincia; cf. *Bulario*, I, doc. n.º 716, p. 325. No obstante, en base a otra fuente, se apuntaría una recaudación próxima a 25.000 florines sólo por lo que se refiere a la provincia de Tarragona.

30. Coincidiendo, además, con la recaudación de las procuraciones (Resurrección y Todos los Santos de 1396); ASV, Colectoría 160 [Elna], ff.102r-121r.

31. Ya en octubre, los canónigos de la catedral de Barcelona decidieron prestar para esta causa 1.000 florines, recurriendo para ello a los servicios de cierto prestamista; cf. S. PUIG, *Pedro de Luna...* cit., Ap. doc. XVI, pp. 456-457.

32. ADB, RC, vol. 47, ff.162r-163r. La colectoría de B. Ribalta contiene algunas referencias tanto a éste como al anterior subsidio.

33. Cf. *Bulario*, II, doc. n.º 189, p. 112 (I.II.1405/Niza); O. CUELLA, *Concilios provinciales cesaraugustanos...* cit., pp. 19-20, con transcripción en el Apéndice (pp. 42-47) de la correspondiente bula de solicitud y también de otra expedida en la misma fecha y lugar requiriendo a los prelados y dignidades eclesiásticas de la misma Corona no solicitar ellos mismos ningún subsidio de su clero durante un bienio.

La recaudación de este subsidio presenta más novedades: a diferencia de los anteriores, la duración estaba prevista para 2 años, siendo establecida la primera paga en San Juan Bautista (junio de 1405) y la cuarta y última paga en Santa María de agosto de 1406. Al mismo tiempo, se optó por establecer, no una sola, sino diversas cuotas anuales de 2, 3 y 4 sueldos por libra en función de una escala de valores y, como de costumbre, tomando de referencia las tasas decimales.

Así pues, recapitulando un poco, durante la época considerada aquí registramos dos subsidios concedidos al papa en el marco de varios concilios provinciales, que se estuvieron recaudando a lo largo de 1396 –en ambas provincias eclesiásticas– y de 1398, quizás sólo en la Tarraconense; y otro subsidio de 2 años (1405-1406), afectando a todo el clero de la Corona de Aragón, que habría impuesto el papa por su propia autoridad, sin pasar por la aprobación, que se sepa, de ninguna asamblea eclesiástica. Esto implicaba un giro importante en la forma de proceder de dicho pontífice, que había de tener continuidad en el posterior subsidio al cual haré referencia más tarde.

* * *

En síntesis, por todo lo visto podemos considerar que Benedicto XIII llevó al paroxismo el fiscalismo aviñonés, y quizás habría sido en la Corona de Aragón, más que en otras regiones de la Cristiandad, donde mayores consecuencias tuvo ese incremento sostenido de la presión fiscal sobre el clero. Teniendo en cuenta los diversos frentes fiscales abiertos (a la percepción prácticamente continua de décimas y procuraciones, hay que añadir el sobreesfuerzo representado por el pago de diferentes subsidios extraordinarios), tal fiscalidad estaría alcanzando límites difícilmente soportables. No en vano, a lo largo de todo el periodo se registran numerosas protestas por parte de los contribuyentes (sobre todo del bajo clero) en contra del pago de la décima y demás exacciones. Por tal razón, las deudas proliferaban. En 1404 el papa facultó a su tesorero, Francesc Climent, para llevar a cabo un informe sobre todos los beneficios de la Corona de Aragón a efectos de averiguar qué deudas había pendientes, ya fuera a cuenta de décimas o a cuenta de subsidios u otros derechos fiscales que se debían a la Cámara Apostólica. Se reconocía, además, que muchos clérigos habían sido excomulgados, o bien puestos en entredicho eclesiástico, por este motivo³⁴.

El aumento de la presión fiscal sobre el clero llevó a la propia monarquía a interceder a favor de aquél y en contra del papa, como ya se ha visto a propósito

34. Cf. *Bulario*, II, doc. n° 164, p. 102.

de la embajada enviada a Génova en 1405. Sea como fuere, las protestas del clero fueron a convergir en una demanda fundamental: la revisión a la baja de las tasas decimales, esto es, de unas tasas que se habían mantenido sin apenas variación desde el 2º concilio de Lyon de 1274. De hecho, Benedicto XIII pasa por ser el primer papa en permitir rebajas de este tipo, como ya hizo en 1405 a favor del clero de la Provenza. En 1407 el beneficiario fue el clero de la provincia eclesiástica de Zaragoza³⁵: en efecto, este año, en el marco de un concilio en el que intervino Domingo Ram en calidad de comisario apostólico, se aprobaba la reducción a la mitad de la tasa decimal a favor del clero diocesano de esa provincia, so pretexto de diversas calamidades que habían ocasionado una disminución del nivel de sus rentas³⁶. Es importante destacar que ello afectaba, no sólo a la percepción de la décima, sino también a la de cualquier otra exacción establecida sobre dichas tasas fiscales, como era el caso de los subsidios comentados hasta aquí. Ahora bien, esto podría dar pie a un agravio comparativo con respecto a los demás obispados de la Corona de Aragón, ya que no nos consta, por el momento, ninguna otra concesión similar a favor del clero de la Tarraconense: ¿sería que el papa estaba más decidido a favorecer a sus más directos compatriotas, como era el clero de las diócesis aragonesas?, ¿o es que las calamidades a las que se alude en aquella concesión sólo se dieron en Aragón?, ¿en qué medida se habría tenido en cuenta el informe elaborado previamente por el tesorero del papa? Sea como fuere, se había establecido un precedente de cara a futuras modificaciones de esas tasas fiscales³⁷.

En suma, el papa Luna no se conformó con mantener la tradicional fiscalidad aviñonesa, sino que intentó desplegarla al máximo. El hecho se explica por las grandes dificultades a las que tuvo que enfrentarse ese pontífice a medida que iba perdiendo apoyos internacionales (a principios de 1407, Francia le retiraba la obe-

35. Cf. J. FAVIER, *Les finances pontificales à l'époque du grand schisme d'Occident (1378-1409)*, Paris, 1966, p. 670.

36. "taxa reducta pro integra et vera taxatione sive decima". Véase el texto transcrito en O. CUELLA, *Concilios provinciales cesaraugustanos...* cit., pp. 50-57. En los diversos regestos que se han hecho de este documento se podrían plantear dos dudas: primero, si tal medida concernía a las décimas o a los diezmos, pero tal duda queda del todo despejada después de leer el texto del documento; segundo, si tal reducción se extendía a los llamados "cuartos decimales", lo que aparece indicado en el documento una sola vez, junto con las primicias porque, efectivamente, esa operación de reducción debía aplicarse sobre todo tipo de beneficios y rentas eclesiásticas (excepto las que pertenecían a las órdenes militares, que mantendrían la tasa antigua); pero de ahí no puede inferirse que se tratara de otro tipo de reducción en sí mismo. En cuanto a los motivos alegados para llevar a cabo esta medida, se alude a las guerras, las pestes y también a las carestías, que desde tiempos atrás estaban haciendo estragos en esas diócesis, y especialmente en el arciprestazgo de Calatayud.

37. Como veremos más adelante, el siguiente hito se registra en tiempos del papa Martín V.

diencia y la Corona de Aragón pasaba a ser, según parece, su principal apoyo financiero³⁸): así, cuanto más difícil era su situación personal y cuanto más solo y más necesitado de financiación estaba, más decidido estaría a hacer valer la “summa potestas” de la cual estaba investido, sobre todo a la hora de exigir a sus súbditos de la Corona de Aragón un mayor esfuerzo fiscal. Así pues, Martín el Humano tendría bastante razón cuando recriminaba a Benedicto XIII que estaba llevando al clero de sus reinos a la ruina. A pesar de todo, una mayoría de los miembros de este colectivo siguió manteniéndose fiel a este papa³⁹. Sin duda, la rebaja de las tasas fiscales, aunque sólo hubiera beneficiado a una parte del clero de la Corona de Aragón, serviría para mantener esa adhesión.

Pero esto no es todo: como quiera que los ingresos obtenidos por la vía fiscal no bastaban para sufragar los cuantiosos gastos destinados a defender la legitimidad del papa Benedicto, hubo que buscar otras vías de financiación:

EL ENDEUDAMIENTO DEL PAPA LUNA POR LA VÍA CENSAL

Los papas aviñoneses solían recurrir a la vía del crédito, aunque lo hicieran, al decir de Jean Favier, con moderación, tomando préstamos, siempre a corto plazo y por sumas no demasiado elevadas⁴⁰. Pues bien, el último papa aviñonés, Benedicto XIII, habría inaugurado una nueva tendencia al ser el primero que optó por tomar préstamos a largo plazo (sin descartar el recurso a los préstamos tradicionales y a otro tipo de ayudas financieras) bajo la modalidad de los llamados “censals morts”. Como es sabido, este instrumento de crédito estaba muy extendido en la Corona de Aragón. Ahora bien, lo novedoso es que también pasara a ser utilizado por la máxima jefatura de la Iglesia, aunque no es casual que ello se llevase a cabo, precisamente, durante el gobierno de un papa aragonés.

Como se declaraba en noviembre de 1405, las arcas de la Cámara Apostólica estaban exhaustas, razón por la cual el papa Benedicto comisionó al obispo de

38. Así lo afirmaba J. FAVIER, *Les finances pontificales...* cit., p. 428.

39. En principio, tal fidelidad se mantuvo hasta 1418. En el concilio celebrado este año en Lleida, al cual me referiré más tarde, el clero optó ya mayoritariamente por abandonar al papa Luna. Dicho concilio ha sido titulado por cierta autora como el de la conspiración encubierta contra el papa Luna; cf. R. SABANÉS, *Els concilis ilderdenses de la província eclesiàstica tarraconense a l'Edat Mitjana (546-1460)*, Barcelona, 2009, p. 293 y ss. De hecho, el clero no guardaba gratos recuerdos del pontificado del papa Luna cuando por estas fechas rehusaba someterse de nuevo al “yugo” de otro tiempo; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó al segle XV (Regnats d'Alfons V i Joan II)*, Valencia, 1997, p. 225). Sin duda, con ello se haría referencia a la acumulación de cargas fiscales exigidas en tiempos de Benedicto XIII.

40. Cf. J. FAVIER, *Les finances pontificales...* cit., p. 466.

Mallorca (Francesc Climent Sopera), en su faceta de tesorero papal, para obtener un crédito de 200.000 florines de Aragón, una cantidad más que considerable⁴¹. Sucesivamente, fueron nombrados diversos comisarios a efectos de realizar la venta de censales, entre los que encontramos de nuevo a Berenguer Ribalta, obispo electo de Tarazona, o también al obispo de Huesca, Domingo Ram, entre otros clérigos, como el colector Vicenç Segarra. Todos ellos, bien conjuntamente o de forma individual, vendieron censales por un total de 120.000 florines de capital y más de 7.800 florines de pensiones⁴², lo que supondría un tipo de interés medio del 6,5%. Sin embargo, no podemos descartar que el total del crédito obtenido alcanzara cifras mayores, como la barajada al principio, de 200.000 o incluso 250.000 florines. Sea como fuere, interesa destacar que todas esas ventas, hechas en nombre de la Cámara Apostólica, tenían carácter perpetuo; por si esto no bastaba, el propio papa Benedicto decretó que las deudas contraídas hasta entonces por los colectores de las provincias de Tarragona y Zaragoza deberían seguir teniendo validez después de su muerte, así por lo que respecta, pues, al pago de los correspondientes intereses anuales o pensiones⁴³.

Por otra parte, la contratación de esos censales se hizo poniendo como garantía todos los derechos que dicho organismo percibía o debía percibir en las diferentes diócesis de la Corona de la Aragón, incluyendo en esto las décimas, los subsidios, las procuraciones (o visitaciones) y las anatas; de ahí que también se hable de ventas asignadas sobre los réditos de los beneficios eclesiásticos de las provincias de Tarragona y Zaragoza. A nivel más particular, esos censales estuvieron asignados sobre las rentas de las dignidades o beneficios de los que era titular el propio papa, a saber: las camarerías de las sedes de Zaragoza y Tarragona; dos de las pabordías existentes en la Seo de Valencia (concretamente, las de abril y mayo); la enfermería de la catedral de Segorbe y la sacristía de la de Tortosa, por citar sólo las prebendas más destacadas.

Respecto de los compradores de estos censales, no es el momento de hacer un análisis pormenorizado; baste con decir que mayoritariamente eran ciudadanos barceloneses; no en vano, parece que tales contratos fueron realizados, de mane-

41. Asimismo, para hacer frente a dicho crédito, quedó facultado para poder vender o poner en prenda cualquier objeto precioso u otros bienes muebles pertenecientes al papa y a la Cámara Apostólica; cf. *Bulario*, II, doc. n° 300-301, p. 165. De hecho, como señalaba Cuella, la contratación de empréstitos (por diversas cantidades) ya se habría iniciado el año anterior; cf. O. CUELLA, *Concilios provinciales cesaraugustanos...* cit., pp. 18-19; *Bulario*, II, docs. n° 78, 102 y 105, pp. 63, 72 y 74.

42. ACV, reg. 3580, s.f.

43. Cf. *Bulario*, II, doc. n° 514-517, pp. 158-259. En este caso, la cifra indicada es la de 250.000 florines.

ra preferente, en la Ciudad Condal. Un documento localizado en el archivo de la catedral de Barcelona cita a una veintena de acreedores, esto es, a la "maior et sanior partes dictorum creditorum", entre los cuales encontramos mercaderes, nobles, oficiales del rey, juristas..., y también algunos eclesiásticos (¿compradores a título privado?)⁴⁴.

El endeudamiento contraído por el papa Luna, aun sin poder conocer con certeza el monto exacto al que podía ascender, sin duda era enorme, pero todo el peso de la deuda censal recaía sobre la Cámara Apostólica de la Corona de Aragón⁴⁵. Y, como se verá luego, en 1412 el papa optaría por prorrogar la percepción de la décima a 7 años más con el fin de poder redimir dichos censales. Lo cierto es que esa deuda, lejos de poder ser devuelta en su integridad (nada sabemos acerca de los resultados obtenidos a raíz de ese intento de amortización), seguiría pesando como una losa sobre la colectoría de Aragón durante mucho tiempo después de la desaparición del causante de la misma, que murió en su reducto de Peñíscola dejando una herencia bastante o muy gravosa sobre el clero de la Corona de Aragón. En todo caso, éste es un tema que aún está por estudiar a fondo, pues se conserva mucha documentación inédita al respecto.

DEL INTERREGNO AL DIVORCIO FISCAL ENTRE FERNANDO I Y BENEDICTO XIII

Tras la muerte del rey Martín, comienza una etapa que podríamos considerar irregular o anómala: obviamente, durante los dos años que duró el interregno (1410-12) no había ningún monarca que pudiera reclamar al papa una nueva concesión de décimas, al margen de seguir cobrando restas pendientes de anteriores colectas. Aprovechándose de esas circunstancias, el papa pasó a imponer una décima trienal (1411), que iba a destinarse íntegramente a las necesidades de la Cámara Apostólica⁴⁶. Así pues, el interregno no debió de suponer, para el clero de la Corona de Aragón, una parálisis completa por lo que respecta a las contribuciones

44. ACB, vol. 408 (pliego suelto).

45. "que Camera ad diversa censualia mortua ac multa expensarum onera obligata penitus est exhausta", se decía ya en 1410; ACB, vol. 411, s.f.

46. Más tarde veremos a qué necesidades concretas se podía hacer alusión con la frase "ad opus et pro necessitatibus Camere Apostolice"; en todo caso, era una fórmula empleada desde por lo menos el 2º tercio del s. XIV: al respecto, véase G. BATTELLI, "Le decime pontificie del Lazio (secoli XIII-XIV)", en M. PACAUT/O. FATIO (eds.), *L'hostie et le denier. Les finances ecclésiastiques du haut Moyen Âge à l'époque moderne*, Genève, 1991, pp. 71-78. En otra fuente, se alude a todas las tribulaciones a las cuales debía hacer frente el papa; ACB, vol. 411, s.f.

fiscales que ya se venían percibiendo de la etapa anterior, como se verá luego por lo que respecta también a las procuraciones. Pero lo que es más importante de señalar ahora es que, por vez primera desde mucho tiempo atrás, el impuesto de la décima no era objeto de cesión a favor de la monarquía. En otras palabras, volvemos a encontrar una décima cien por cien apostólica, lo que no ocurría desde la primera mitad del siglo XIV.

Con el advenimiento de los Trastámara, la situación hubiera tenido que normalizarse por lo que se refiere a las relaciones fiscales, mucho más teniendo en cuenta las complicidades políticas que existían entre el papa, ya definitivamente instalado en la Corona de Aragón, y Fernando I, que accedió al trono con el pleno respaldo de aquél⁴⁷. No obstante ello, Benedicto XIII siguió actuando exclusivamente para sus propios fines, que no eran otros que los de poder hacer frente a los gastos que sostenía por seguir defendiendo su causa.

Durante esta nueva etapa, se registra una décima septenal, diversas procuraciones trienales y un subsidio anual:

Como ya se ha visto, durante el interregno se había decretado una décima trienal, cuya finalización estaba prevista para Todos los Santos de 1413. Sin embargo, el 16 de junio de 1412 –unos días antes, pues, del fallo de Caspe (28 de junio)–, Benedicto XIII decidió prorrogar la décima a, ni más ni menos, 7 años, comenzando su recaudación al término de la anterior, o sea, en 1414⁴⁸. El motivo seguía siendo el mismo, si cabe concretando más, por cuanto serviría para amortizar los censales contratados unos años antes.

Una vez más, en lo tocante a dicha décima septenal, no se contemplaba ninguna participación de la monarquía. Incluso cabría pensar que tal anticipación, a la hora de prorrogar la décima, se había hecho con la intención de dejar al nuevo monarca sin la posibilidad de poder negociar una concesión a su favor. Sea como fuere, uno se pregunta si la exclusión del monarca del producto de las décimas eclesiásticas de estos años habría sido otro factor, además de los atribuidos a la presión internacional, que debió influir a la hora de decidir retirar la obediencia al

47. Respecto a los motivos de Benedicto XIII para intervenir en la elección de 1412 y las complejas relaciones internacionales del momento, véase A. JAMME, “Benoit XIII, le Schisme et la Couronne: regards sur le croisement des enjeux politiques au temps de l’interregne aragonais”, en este mismo volumen. Respecto a la regencia castellana de Fernando I, véase la ponencia, también en este volumen, de J. M. Nieto Soria.

48. “Reste duorum primorum annorum decime septennalis nunc currentis, cuius prima solutio fuit in festo Sancti Johannis Baptiste et secunda solutio in festo Omnium Sanctorum anni Nativitatis Domini M CCCC quartidecimi”; ACA, C, Varia, reg. 39, f.2r.

papa Luna. Puesto que éste había cerrado el grifo que abastecía a las arcas reales de una buena parte de los ingresos de la décima (con el consiguiente perjuicio que esto podía ocasionar a las obligaciones contraídas por la Corona con sus acreedores), la monarquía pudo comenzar a barajar otras posibilidades para seguir obteniendo ingresos eclesiásticos como fue, pues, la posterior apropiación de las rentas de la Cámara Apostólica. Queda de manifiesto, en todo caso, que las relaciones entre ambos dignatarios, por lo que respecta a la tradicional cooperación fiscal, estaban en crisis.

La décima en cuestión, por cuanto comenzó a recaudarse en 1414, tenía que haberse mantenido vigente, en principio, hasta 1420, pero ello no fue así: en julio de 1415, a instancias del arzobispo de Tarragona y de otros prelados, Benedicto XIII revocó ambas décimas (trienal y septenal); además, también prohibió percibir en los territorios de la Corona de Aragón cualquier otra décima durante un septenio⁴⁹. Probablemente sin ser consciente de ello, el papa ponía fin de un plumazo a la trayectoria de un impuesto que, de ser ordinario en los últimos tiempos, volvería a tener un carácter extraordinario.

Con ello llegamos al final de un ciclo. El hecho es que las décimas perdieron el rol que habían tenido hasta entonces en la Corona de Aragón, puesto que dejaron de cobrarse, no durante 7 años, sino durante un periodo de tiempo mucho más prolongado. Si la décima había sido el máximo exponente del fiscalismo aviñonés, su abandono ponía fin a una etapa de fuerte presión fiscal tal y como se había venido ejerciendo hasta ese momento sobre el clero dependiente del rey de Aragón.

Por otro lado, en esa época, el papa siguió percibiendo ingresos procedentes de la reserva de las procuraciones, pero esta vez, estableciendo periodos de recaudación trienales en lugar de bienales. En efecto, ya en octubre de 1411, el papa las había prorrogado por un trienio⁵⁰; y unos años después: “com lo papa per certes causes justes e raonables, les mitgges e entegres visitacions e procuracions, de les quals un darrer trienni ha finit el passat Nadal [1414], ha prorrogades a altre trienni”⁵¹. Dicho periodo trienal comenzaría, pues, en 1415⁵², y alcanzaría hasta 1418, si es que no quedó interrumpido antes.

49. Cf. *Bulario*, III, doc. n° 690-691, pp. 322-324; S. PUIG, *Pedro de Luna...* cit., Ap. doc. CVIII, pp. 552-553.

50. Cf. *Bulario*, II, doc. n° 1284, p. 604.

51. ACV, reg. 3580, s.f.; ARV, C, reg. 488, f.25r y sig.

52. “Reste mediarum procurationum trienni nunc currentis primi, videlicet, anni cuius prima solutio fuit in festo Johannis junii et alia solutio in festo Nativitatis Domini anni millesimi CCCC quinti-decimi”; ACA, C, Varia, reg. 39, f.46r. El encargado de la colecta de este impuesto fue el abad de Àger (Vicenç Sagarra).

Por lo que respecta a los subsidios, Benedicto exigió uno más por propia autoridad y motivado “per grans càrrechs e innumerables despeses que tots dies cové supportar e fer per rahon del Cisma”. Se trata del subsidio establecido en 1414, con carácter también general, esto es, abarcando las dos provincias eclesiásticas (Tarragona y Zaragoza), además de los obispados periféricos de Mallorca y Elna. La recaudación, bajo la supervisión, una vez más, del abad de Áger (Vicenç Segarra), se llevó a cabo durante el siguiente año (1415), a base de reclamar la mitad de la paga el 1 de abril y la otra mitad el 1 de septiembre⁵³. Las cuotas asignadas a este subsidio lo eran en función también de una escala de valores beneficios, pero esta vez estableciendo una horquilla más amplia (comparada con la del subsidio de 1405-1506), esto es, de 1, 1 y medio, 2, 3 y 4 sueldos por libra, lo que permitiría suavizar la presión fiscal sobre los sectores menos pudientes del clero, que eran la mayoría.

Como el precedente de 1405, también este subsidio general fue establecido sin someterse a la mediación de ninguna asamblea eclesiástica, lo cual podría ser interpretado como una forma de autoritarismo papal que iba radicalmente en contra de las tesis que venían predicando los defensores del conciliarismo, a la sazón en alza. Actuando de esta manera, Benedicto XIII estaría navegando a contracorriente de los cambios que acabaron siendo objeto de legislación a raíz de diferentes decretos emanados del concilio de Constanza (1414-1418).

Como es sabido, este concilio no sólo sirvió para acabar —oficialmente— con el Cisma (con la entronización, en 1417, de Martín V como único papa) y para imponer ciertas limitaciones a la autoridad papal, sino que también estableció algunas pautas relativas a las demandas que podían ser hechas o no al clero por lo que respecta a diferentes derechos fiscales: concretamente, los expolios, las procuraciones, las vacantes y las décimas⁵⁴. Respecto a estas últimas, se estableció (sesión 43, art. 6) que sólo el papa podía imponerlas, pero siempre que estuvieran motivadas por necesidades universales de la Iglesia. Con ello se excluía de raíz cualquier otro motivo, como el que solía esgrimirse en las sucesivas concesiones realizadas hasta entonces a favor de la monarquía aragonesa. En caso de imponer al clero décimas

53. “Reste subsidii annalis impositi per dominum (Benedictum) papam XIII, cuius subsidii prima solutio erat fienda prima mensis aprilis et secunda solutio prima mensis septembris anni Nativitatis Domini M CCCC quintidecimi”; ACA, C, Varia, reg. 39, f.26r. El documento de solicitud, que está fechado el 1.X.1414, se refiere a un subsidio caritativo con cuotas proporcionadas a los ingresos de cada clérigo; cf. *Bulario*, III doc. n° 424, pp. 218-19; O. CUELLA, “La Diócesis Cesaraugustana en el Bulario del Papa Luna”, *Aragonia Sacra*, XI (1996), p. 180.

54. Cf. G. ALBERIGO (dir.), *Les conciles œcuméniques. Les décrets : t. II-1 : Nicée I à Latran V*, Paris, 1994, pp. 912-913 y 922-25.

u otras cargas fiscales (¿subsidios?), tendría que hacerse con el consentimiento de los prelados de cada reino o provincia; asimismo, esas décimas debían ser recaudadas por personas eclesiásticas que contasen con la autoridad apostólica. De una manera o de otra, se trataba de poner fin a cuantos abusos se hubieran podido cometer hasta entonces en la percepción de esas exacciones fiscales⁵⁵.

¿Qué consecuencias prácticas tuvieron esas disposiciones en la Corona de Aragón? De entrada, una consecuencia evidente es que, a partir de entonces, el clero catalanoaragonés quedó liberado de la obligación de contribuir a cuenta de ninguna otra décima, a pesar de que la monarquía, como se verá dentro de poco, intentó obtener del papado nuevas concesiones al respecto⁵⁶. Mucha más suerte tuvieron los reyes Trastámaras a la hora de reclamar del clero de sus reinos determinadas sumas de dinero en concepto de subsidios, ya fuera entablando negociaciones con la curia pontificia o con los representantes del propio clero⁵⁷. En los siguientes apartados, intentaré poner de manifiesto los cambios producidos en los primeros años de la nueva era Trastámara.

HACIA LA IMPLANTACIÓN DE UN NUEVO MODELO DE TRANSFERENCIA FISCAL

Como es sabido, a principios de 1416, Fernando I decretó la sustracción de obediencia a Benedicto XIII, decisión que tenía que ir seguida de la apropiación –como ya hiciera en su día su abuelo materno– de las rentas de la Cámara Apostólica, lo que, evidentemente, tenía un carácter provisional: mientras no se realizara,

55. En cuanto a las procuraciones, el papado renunciaba a las reservas que había estado esgrimiendo hasta entonces. En lo referente al pago de las anatas (y también de los llamados servicios comunes), se recomendaba actuar con moderación, en este caso a tenor de lo expuesto en el “concordato” suscrito el 13 de mayo de 1418 con la nación hispana, que de alguna manera también debió afectar al clero de la Corona de Aragón, como así da a entender J. M. NIETO, “El pontificado de Martín V y la ampliación de la soberanía real sobre la Iglesia castellana (1417-1431)”, *En la España Medieval*, 17 (1994), pp. 113-131. Posteriormente, en el marco del concilio de Basilea (decreto del 9.VI.1435), se procedió a la abolición de las anatas, incluyendo en ello a las anatas de las prebendas consistoriales (obispados y abadías) por lo que se refiere a los llamados servicios comunes y menudos; cf. G. ALBERIGO (dir.), *Les conciles oecuméniques...* cit., pp. 1002-1003.

56. Propiamente, tuvieron que pasar 40 años, contando a partir de 1415. Así, la décima de 1455 estuvo motivada por una causa universal, como fue la cruzada contra los turcos, siendo además un impuesto recaudado en tiempos de un papa valenciano: al respecto, véase M. NAVARRO SORNÍ, *Calixto III Borja y Alfonso el Magnánimo frente a la cruzada*, Valencia, 2003.

57. Respecto a la cronología de los subsidios de esta época (además de la décima de 1455), véase W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 211 y sig. En todo caso, la cronología ofrecida por este autor debería ser revisada a fondo.

por parte del concilio ecuménico, la elección de un nuevo pontífice⁵⁸. Una vez más, pensamos que debió de existir un factor de orden interno que influyó a la hora de optar por esa vía, como fue el hecho de que la monarquía ya no pudiera disponer de los ingresos de las décimas: Benedicto XIII había escamoteado realizar otra cesión de este impuesto a favor de la monarquía y no parece que por el momento —con el Cisma aún pendiente de resolución y un concilio general de la Iglesia que estaba replanteándose el tipo de prestaciones que podían ser exigidas al clero— hubiera otra forma de conseguir nuevas concesiones de décimas. De hecho, el rey Fernando, de alguna manera arrogándose competencias que no le correspondían, dispensó al clero de sus reinos de la obligación de pagar tal impuesto⁵⁹.

En todo caso, la apropiación de la Cámara Apostólica tuvo que vencer ciertas resistencias por parte del clero aragonés⁶⁰. A raíz de la prematura muerte de Fernando I, fue su hijo, Alfonso el Magnánimo, quien pasó a hacerse cargo del secuestro, manteniéndolo por un periodo, ni más ni menos, de 13 años, lo que, en principio, se explica más por intereses políticos que económicos, pues no parece que tal organismo papal fuera capaz de generar ingresos suficientes para cubrir todos los gastos que decía tener el monarca por la cuestión del Cisma⁶¹. Uno se pregunta, además, hasta qué punto podía ser beneficioso mantener secuestrado un organismo que en buena medida estaba hipotecado por el endeudamiento censal de la época de Benedicto XIII. Como si tratara de emular al

58. El rey pasó a actuar “nomine et vice Camere apostolice, cuius regimen, gubernacionem et administracionem gessimus a die citra ordinacionis facte de non obediendo olim domino Benedicto papa XIII^o nominato, ac gerere intendimus donec per dictum Universalis Ecclesie summum pontificem divina clemencia electum aliter fuerit ordinatum”; ACA, C, reg. 2921, f.45r. La elección de Martín V como único papa de la Iglesia de Roma se produjo en noviembre de 1417, cuando ya estaba reinando Alfonso el Magnánimo. No obstante, éste no mostró ninguna intención de restituir las rentas de la Cámara Apostólica a su legítimo titular, manteniendo el secuestro hasta dos años antes de la muerte de aquel pontífice, esto es, hasta 1429.

59. “de la relexació de les dècimes que lo senyor rey fa als ecclesiàstichs” se indica en ACA, C, reg. 2441, f.10r-v. ¿Sería un gesto encaminado a conseguir una aproximación de un colectivo que mayoritariamente seguía guardando fidelidad a Benedicto XIII y que, por tanto, se mostraba poco dispuesto a secundar la decisión del rey?

60. Respecto de las dificultades con las que se toparon los oficiales del rey en Aragón a la hora de llevar a cabo esa misión, véase E. SARASA, “Los aragoneses y el Cisma de Occidente en el reinado de Fernando I”, en *Jornades sobre el Cisma...* cit., pp. 233-240.

61. Al respecto, W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 259 y sig. La prolongación del Cisma en la Corona de Aragón se explica en buena medida por la política italiana del monarca y su ambicioso plan de conquista del reino de Nápoles; véase, al respecto, V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *Extinción del Cisma de Occidente. La legación del cardenal Pedro de Foix en Aragón (1425-1430)*, Madrid, 1977; ÍDEM, “Los intereses aragoneses en Italia: presiones de Alfonso V sobre el pontificado”, *Actas del XIV Congreso di storia della Corona d'Aragona*, vol. 3, Sassari, 1996, pp. 65-89.

antipapa, que por aquel entonces vivía recluido en el castillo de Peñíscola, también Alfonso el Magnánimo utilizó aquel organismo como garantía para la emisión de deuda pública. En efecto, tenemos constancia de la venta, a instancias del rey, de algunos censales para pagar los gastos de sus embajadas al concilio de Constanza, so pretexto de que los ingresos (ordinarios) de la Cámara Apostólica no bastaban para hacer frente a esos gastos. Dichos censales fueron vendidos a título perpetuo, consignados sobre todas las rentas y derechos pertenecientes a la Cámara Apostólica⁶².

Mientras todo esto ocurría, la monarquía lidiaba con el nuevo papa salido de Constanza (Martín V) para intentar obtener máximas ventajas para la Corona a cambio de la promesa de acabar con los últimos cabos sueltos del Cisma. En lo tocante, pues, a la negociación con el papado, Alfonso el Magnánimo no escatimó esfuerzos a la hora de intentar arrebatar del papa italiano concesiones amplísimas que difícilmente podían ser aceptadas por éste: así, por ejemplo, en 1417, el rey pedía la mitad de una décima por 10, 15, 20 o más años (se le concedió una décima por tan sólo 2 años que, según J. Goñi, no debió de ejecutarse⁶³) y la mitad de las anatas. Por lo que atañe a éstas, nada obtuvo, pero sí la concesión de un subsidio que el cardenal Alamán Adimaro, legado de Martín V, trató de imponer al clero en el concilio reunido en Lleida en 1418⁶⁴.

En 1425, Alfonso el Magnánimo volvía a la carga con nuevas y exorbitantes proposiciones dirigidas al mismo papa, como era la demanda de un subsidio por un importe de 200.000 florines, luego rebajado a 150.000, y una décima por, ni más ni menos, 50 años⁶⁵.

62. Con referencia expresa a las décimas y subsidios, además de las procuraciones/visitaciones y anatas de beneficios vacantes; ACA, C, reg. 2921, ff.1r-13v. Se trata de censales vendidos a dos mercaderes valencianos, con pensiones pagadoras en la ciudad de Zaragoza, por un total de 375.000 s.j. de capital y un tipo de interés bastante bajo (3,3%). Ignoramos, por el momento, si se llevaron a cabo otras operaciones de este tipo. Es éste otro tema que tendrá que ser objeto de estudio algún día.

63. Al parecer, Martín V habría dado marcha atrás a tenor de cierta orden cursada al clero (presuntamente, al de la provincia eclesiástica de Tarragona) prohibiéndoles pagar ninguna décima al poder real si no era en caso de evidente necesidad y aun de acuerdo con la mayoría de sufragáneos (del arzobispo); cf. E. MORERA, *Tarragona cristiana*, t. IV, Tarragona, 1955 (20012), p. 57 (p. 47).

64. También había pedido la remisión perpetua del censo feudal de Sicilia y Cerdeña, pero tan sólo se le concedió una remisión parcial; sobre estas y otras peticiones, véase J. GOÑI, "Recompensas de Martín V a sus electores españoles", *HS*, XI (1958), pp. 259-297.

65. Y, una vez más, la dispensa del censo de Sicilia-Cerdeña, que sería canjeado más tarde (1427) por otro tipo de prestación quinquenal; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., pp. 216-217; véase también V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *Extinción del Cisma de Occidente...* cit., pp. 85-86 (respecto a las peticiones de 1427).

Como vemos, la monarquía no había renunciado a seguir disfrutando del impuesto de la décima, pero las circunstancias no eran favorables a la restauración del sistema que había imperado en la época anterior, y mucho menos si la intención del rey iba encaminada a conseguir el pleno disfrute de este impuesto, esto es, sin compartir su producto con el papa⁶⁶. No consintiendo con otras concesiones de décimas, ya sólo quedaba la negociación de determinadas cantidades en concepto de subsidio, como única forma de asegurar —en situaciones normales— la transferencia de renta eclesiástica a las arcas reales.

Así pues, la demanda de subsidios se convirtió en la principal, si no en la única, vía consentida por el papado de la época poscismática⁶⁷. Ahora bien, si una cosa era conseguir el beneplácito del papa, otra cosa era tener que negociarlo directamente con el clero. En el apartado siguiente veremos, no sólo qué subsidios fueron negociados a instancias del rey en el marco de diferentes asambleas eclesiásticas, sino también hasta qué punto pudieron ser obtenidos mediando el consentimiento del clero, esto es, sin traicionar el espíritu de las resoluciones aprobadas en Constanza. La época está situada entre dos concilios interprovinciales —o, si se prefiere, nacionales de la Corona de Aragón—: Lleida (1418) y Tortosa (1429)⁶⁸.

66. Esa época sería recordada con cierta nostalgia en la correspondencia del rey con el clero: como “al rey don Martín se le había concedido por cierto tiempo el cobro de los diezmos [léase décimas]; y como se hubiesen dejado de cobrar algunos años, pedía que por otros tantos se le dejase su aprovechamiento, pues así era de justicia, que habiendo hecho muchos gastos por causa de los negocios de la iglesia, el rey su padre y él, era por consiguiente muy justo que hasta cierto punto se le remunerase con los diezmos”, según el extracto anotado en J. TEJADA Y RAMIRO, *Colección de cánones y de todos los concilios de la Iglesia española*, t. III, Madrid, 1851, p. 716.

67. De hecho, ya en época anterior (primera mitad del s. XIV) la monarquía había realizado demandas de subsidios al clero en el marco de algunos concilios provinciales, por lo que ello no constituía, en este momento, ninguna novedad en sí misma.

68. Sobre el de Lleida, véase, entre otros, J.M.^a MARQUÈS, “El sínodo de Lleida de 1418”, en *Jornades sobre el Cisma d'Occident a Catalunya, les Illes i el País Valencià. Segona Part*, Barcelona, 1988, pp. 465-78; M. GUALLAR, *Los concilios tarraconenses celebrados en Lérida (siglos VI-XV)*, Lérida, 1975, pp. 203-208; R. SABANÉS, “Los concilios ilderdenses de la provincia eclesiástica tarraconense en la Edad Media (a.546-1460)”, en J. BOLÓS/J.J. BUSQUETA (eds.), *Territori i societat a l'Edat Mitjana. Història, arqueologia, documentació*, III (1999-2000), Lleida, pp. 414-417; ÍDEM, *Els concilios ilderdenses de la provincia... cit.*, pp. 307-312. Sobre el de Tortosa: V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *Extinción del Cisma de Occidente... cit.*, pp. 137-148; A. LLIN CHAFER, “El Concilio Provincial tarraconense de 1429”, en *Los Sínodos diocesanos del pueblo de Dios: Actas del V Simposio de Teología Histórica*, Valencia, 1988, pp. 215-225. Y también algunas obras de carácter más general: J. HERRERO, “Los concilios provinciales y los sínodos diocesanos españoles (1215-1550)”, *Quaderni catanesi di Studi Classici e Medievali*, 5 (1981), pp. 113-181; 7 (1982), pp. 111-197; F. AZNAR GIL, *Concilios provinciales y sínodos de Zaragoza de 1215 a 1563*, Zaragoza, 1982; J.M.^a MARQUÈS, *Concilios Provincials Tarraconenses. Introducció i traducció*, Barcelona, 1994, entre otras posibles referencias.

LA CONCESIÓN DE SUBSIDIOS ECLESIASTICOS A PRINCIPIOS DEL REINADO DE ALFONSO EL MAGNÁNIMO

El clero de ambas provincias estuvo reunido en el concilio celebrado en Lleida en 1418, siendo una de las pocas veces, desde la segregación de Zaragoza de la provincia de Tarragona, en las que se reunía en un mismo lugar todo el clero de la Corona de Aragón. Esta asamblea fue convocada y presidida por el ya citado cardenal Alamán Ademar, obispo de Pisa, que había sido enviado a la Corona de Aragón para conseguir la adhesión de la Iglesia de esta parte de la Cristiandad a la nueva obediencia romana. Como ya se ha indicado, este legado pasó a actuar como correa transmisora del subsidio que el nuevo papa romano había concedido al rey Alfonso a cambio de comprometerse éste a acabar con el Cisma en sus reinos. La demanda de este subsidio suscitó una viva oposición del clero, que incluso interpuso un recurso de apelación al papa Martín. Sea como fuere, el clero quedó obligado a pagar 60.000 florines (al principio se barajaron cifras más altas), suma a la que habría que descontar 1/6 parte (10.000 florines) que debería embolsar el legado⁶⁹.

Así pues, se trataba de un subsidio concedido por el papa al rey, pero que de algún modo –acorde con los principios emanados del Concilio de Constanza– se esperaba que fuera bendecido por el clero asistente en aquella asamblea. Tal fue la misión que intentó llevar a cabo el legado, en principio sin éxito, pero ello no significa que se anulara el pago del subsidio⁷⁰. A tenor de la carta de absolución expedida por el rey Alfonso a finales de ese año, parece incuestionable que tal cantidad se acabó pagando más pronto que tarde⁷¹.

69. Precisamente, uno de los puntos contenidos en el memorial de agravios presentado por la asamblea a este legado era el de haber exigido –en contra de las disposiciones de Constanza– una ayuda económica por su legación; cf. J.M^a MARQUÈS, “El sínodo de Lleida...” cit., p. 474. En cuanto al tiempo marcado, se pagaría en cuatro plazos semestrales a lo largo de dos años; cf. *Ibid.*, p. 476; W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 215.

70. La mayoría de autores son del parecer que la asamblea se cerró en un punto muerto, dando por supuesto que la aprobación de dicho subsidio no siguió adelante. Marquès no tenía muy claro si se cobró o no a juzgar por las indicaciones que da al final de su artículo. Asimismo, Küchler postulaba que tal subsidio podría ser el mismo que fue aprobado en el posterior concilio provincial de Tarragona, esta vez con el consentimiento del clero y sin intervención de la curia pontificia; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 226. En todo caso, los prelados reunidos en el concilio de Tarragona de 1424 tenían presente que ya con anterioridad habían concedido al rey 60.000 florines, sin duda en relación con la concesión de 1418.

71. “...ex illis [50.000 fl.] in solutum vel complementum solutionis expensarum ipsarum nobis date et specialiter assignatis per Alamancium, cardinalem legatum, habendis et recipiendis ex illis [60.000 fl.] qui per eundem legatum, per viam subsidii seu collecte, impositi fuerint prelati et toti clero” (de las provincias de Tarragona y Zaragoza, más obispados de Mallorca y Elna); ADB, RC, vol. 53 (1419-31), f.13r-v. (la carta está fechada el 14.XII.1418).

Muy diferente fue la situación que se vivió en el concilio provincial de Tarragona celebrado en 1424, entre los meses de septiembre y diciembre. Esta asamblea trató de la concesión al rey de un nuevo subsidio, en principio para acabar con los cismáticos de Peñíscola, aunque había muchas suspicacias sobre el verdadero uso que pretendía hacer la monarquía con ese dinero, dada la actitud vacilante que ésta estaba mostrando, sin duda para intentar sacar el máximo partido de una situación que se estaba prolongando más de la cuenta, esto es, tras la muerte ya del papa Luna y a raíz de la elección, consentida por el rey de Aragón, de un sucesor en la persona de Gil Sánchez Muñoz, que tomó el nombre de Clemente VIII⁷².

En el concilio de Tarragona hubo una negociación en toda regla: el rey pedía entre 60 y 70 mil florines, a lo que el clero de la provincia se mostraba reacio a aceptar mientras aquél se mantuviese al margen de la obediencia de Martín V. Pero finalmente aceptó, aunque por una suma menor (30.000 fl.), considerando, además, que se trataba de un subsidio gracioso⁷³. En cuanto al sistema de percepción, se impusieron dos tallas por un monto total de 6 sueldos por libra, a pagar en cuatro tandas de 18 dineros por libra a lo largo de 2 años (en marzo y en septiembre)⁷⁴. También el concilio provincial celebrado en Zaragoza casi por la misma época (enero de 1425) se refiere al pago de un subsidio, aunque poco más sabemos al respecto⁷⁵.

Ahora bien, el Concilio de Tarragona fue precedido por una medida de gran trascendencia, por cuanto permitiría aligerar el peso de la presión fiscal derivada del pago de aquél y demás subsidios establecidos a partir de entonces. Nos referimos a la reducción de las tasas fiscales en el ámbito de la provincia eclesiástica de Tarragona y los obispados de Elna y Mallorca. Dicha tarea fue encomendada por el papa Martín V en 1423 al arzobispo de Tarragona Dalmau de Mur, siendo competencia de este prelado decidir el grado de moderación de tal reducción (a la

72. Alfonso V, no sólo consintió la elección de este papa en Peñíscola, sino que incluso contribuyó a su sostenimiento económico; véase V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *La extinción del Cisma de Occidente...* cit., pp. 2-3 y 21.

73. Cf. J. TEJADA Y RAMIRO, *Colección de cánones...* cit., t. VI, pp. 110-112. En cambio, Küchler indicaba un importe de 50.000 florines; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 215.

74. El hecho de que esa talla quedara desglosada en dos de 5 y 1 s. por libra, hace suponer que esta última sería destinada a gastos suplementarios. Pere Regassol fue nombrado colector general en dicha provincia.

75. Cf. J. S. HERRERO, "Los concilios provinciales..." cit., p. 150. Según Küchler, el arzobispado de Zaragoza y sus sufragáneos se habrían adherido a la provincia de Tarragona mediante la concesión de otro subsidio por su cuenta; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 215.

mitad, tercera o cuarta parte), según considerara más conveniente⁷⁶. El arzobispo optó por rebajar las tasas a la mitad, con lo que de alguna manera tendría en cuenta el precedente que ya se había dado en tiempos de Benedicto XIII; con ello, todo el clero de la Corona de Aragón quedaría homologado por lo que respecta a la determinación de la base imponible⁷⁷.

Finalmente, gracias a las negociaciones realizadas entre 1425-1429 por el nuevo legado del papa Martín, el cardenal Pedro de Foix, Alfonso el Magnánimo se avino a restituir a la corte romana la Cámara Apostólica de sus estados⁷⁸. En el Concilio de Tortosa de 1429 se puso punto y final al Cisma (abdicación del último papa de Peñíscola) y, una vez más, se pactó la concesión de un subsidio, aunque fuera por un monto menor del que esperaba percibir el rey: éste, a tenor de los pactos suscritos anteriormente con el legado, había pedido ni más ni menos 150.000 florines, y se le hizo una oferta de tan sólo 60.000 florines. A esa suma se le adjuntaban 23.000 florines ofrecidos al legado en concepto (como ya se había hecho en 1418) de derechos de procuración⁷⁹.

El monarca dio permiso a los eclesiásticos de sus reinos (esto es, al clero de Valencia, Mallorca y Principado de Cataluña, excepción hecha del de Aragón) para poder realizar la venta de censales con el fin de pagar los 60.000 florines destinados a la Corona⁸⁰. Así pues, en esta ocasión era el propio clero el que se endeudaría (“per via de carregaments de censals”) a cuenta del subsidio debido al rey. No podemos asegurar que fuera ésta la primera vez que dicho clero recurría a esta modalidad crediticia, ni si se habría convertido, a partir de entonces, en práctica habitual, como forma de adelantar las sumas exigidas en concepto de subsidio.

76. Una vez más, poniendo como causas de la disminución de las rentas beneficiales, las guerras y pestes, pero también los “subsidia et alia onera varia a decem vel duodecim annis citra imposita”; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., pp. 229-30. Este autor consideraba que tal medida fue aplicada a todos los estados ibéricos de la Corona de Aragón.

77. No sabemos si la rebaja fiscal dada a favor del clero de la provincia de Zaragoza pudo ser objeto de alguna revalidación, a tenor de la petición realizada por Alfonso el Magnánimo al Concilio de Constanza para que se aprobaran todas las bulas decretadas por el papa Luna antes de la fecha de su destitución. Sea como fuere, entre la rebaja consentida al clero de la provincia de Zaragoza y la autorizada al clero de la de Tarragona median 16 años. A su vez, tal rebaja se mantendría hasta mediados de la década de 1440, cuando se llevó a cabo una revisión integral de los valores beneficiales.

78. Con la promesa de no volver nunca más a apropiarse del dinero de la Cámara, aunque, por otra parte, quedaba exonerado de la devolución de los ingresos que había percibido durante el tiempo de la apropiación; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 263.

79. Al parecer, el legado abandonó Aragón sin haber logrado cobrar esas cantidades en su totalidad, según V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *Extinción del Cisma de Occidente...* cit., pp. 143-144; véanse también los inconvenientes alegados por parte del obispo de Barcelona en S. PUIG, *Pedro de Luna...* cit., Ap. doc. CCIX, pp. 618-620.

80. ACA, C, reg. 2923, ff.21r-24r.

En todo caso, el papel de ambas asambleas (las de 1418 y 1429) sigue estando poco claro por lo que respecta a la cuestión del consentimiento del clero: en la medida en la que fueron intervenidas por legados del papa, parece que estamos ante subsidios impuestos por autoridad papal; en la medida en la que se dio oportunidad a los eclesiásticos de ambas provincias para expresar sus puntos de vista, y que éstos pudieron obtener alguna rebaja sobre el monto inicialmente exigido, se trataría de subsidios consentidos, por lo que, hasta cierto punto, no se estarían contraviniendo las directrices de Constanza⁸¹. El clero habría ganado con ello un cierto grado de autonomía por lo que respecta a la forma de repartición de la carga fiscal mediante el establecimiento de tallas o el recurso a otros expedientes, cuya gestión sólo a sus miembros incumbía.

No obstante, es importante señalar que la forma de satisfacer estos subsidios no era muy distinta de la que se venía practicando anteriormente, a propósito de la colecta de las décimas, por cuanto ambas prestaciones fiscales se fundamentaban en gravámenes sobre los beneficios eclesiásticos⁸². Estos subsidios podían equipararse con la décima en la medida en la que seguían siendo operativas las tasas decimales; de lo contrario, no se entendería el interés del clero por conseguir la obtención de rebajas sobre esas tasas⁸³.

A partir de entonces, la monarquía pudo realizar periódicamente demandas de subsidios al estamento eclesiástico, ya fuera en el marco o no de alguna asamblea, pero siempre contando con una autorización papal⁸⁴.

* * *

81. El legado llegó a manifestar que, pese a tener poderes para imponer por la fuerza la contribución, prefería que le hicieran entregas voluntarias, confiando a la asamblea el reparto de la carga; cf. V. ÁLVAREZ PALENZUELA, *Extinción del Cisma de Occidente...* cit., p. 141, nota 91, a partir de lo que indicaba Tejada y Ramiro. Según KÜCHLER, el clero no sólo quería ser consultado a este propósito, sino que también quería poder dar su aprobación; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., p. 225.

82. De ahí la indefinición con la que se expresan algunos textos: "...de certa subvenció al dit senyor fahedora per lo clero de les dites províncies per via de dècima o de subsidi imposador sobre los beneficcis, etc."; cf. J. M.^a MARQUÈS, "El sínodo de Lleida..." cit., p. 470. Como se ha visto, los subsidios reclamados por Benedicto XIII fueron tasados en función de determinadas cuotas proporcionales; de hecho, las sumas concedidas al monarca serían obtenidas de forma similar, mediante cuotas aplicadas al valor adjudicado a cada beneficio.

83. Toda vez que siguieron confeccionándose registros donde se copiaban las tasas de los beneficios correspondientes a cada diócesis. Ya KÜCHLER se refería a la equiparación décima-subsidio; cf. W. KÜCHLER, *Les finances de la Corona d'Aragó...* cit., pp. 232-33.

84. Se trata de subsidios justificados, la mayoría de las veces, por las empresas italianas. Ahora bien, a lo largo del siglo XV, hubo subsidios autorizados por el papado por otros motivos, al margen de las peticiones realizadas por la monarquía.

En síntesis, de todo lo expuesto en las líneas precedentes, resulta evidente que, en la época durante la cual se produjo el relevo dinástico en la Corona de Aragón, esto es, en las etapas anterior y posterior al Compromiso de Caspe, las relaciones de la monarquía aragonesa con el papado pasaron a funcionar, en el ámbito estudiado aquí, de modo muy diferente.

Según el modelo anterior, la monarquía podía ser partícipe de la fiscalidad papal gracias a la cesión de determinadas rentas o impuestos eclesiásticos, principalmente la décima. Este impuesto, cuyo producto debía ser aplicado, en teoría, a financiar parte del esfuerzo bélico destinado a consolidar el dominio catalanoaragonés sobre las islas del Mediterráneo, se fue percibiendo de manera continua durante todo el reinado de Martín el Humano, incluso en los últimos años, a pesar de las serias desavenencias surgidas con Benedicto XIII por distintos motivos, entre los que también figuraba el uso indebido que la monarquía estaba haciendo del producto de este impuesto, por cuanto había quedado asignado al pago de la deuda censal originada en tiempos de Juan I.

Esta época se caracteriza por la intensificación de la presión fiscal sobre el clero, siguiendo los patrones de un fiscalismo aviñonés que el papa Benedicto XIII llevó prácticamente al paroxismo mediante el recurso continuado a todo tipo de prestaciones: algunas –no sólo las décimas, sino también las procuraciones– habían pasado a ser percibidas de forma regular; por otra parte, los subsidios de carácter voluntario –concedidos por el propio clero en ayuda de un papa que pasaba apuros– dieron paso a otros subsidios pedidos por el papa por su propia autoridad. Durante estos años, el clero de la Corona de Aragón estuvo sometido a una fuerte presión fiscal, si bien esta presión pudo ser aligerada en parte a partir de la reducción de las tasas fiscales sobre las cuales se sustentaba la percepción, no sólo de las décimas, sino también de los mencionados subsidios. Benedicto XIII fue el primer papa en haber consentido, de forma ya generalizada, una rebaja de esas tasas, aunque, en el caso de la Corona de Aragón, por el momento sólo se habría podido beneficiar el clero de las diócesis aragonesas. Ese pontífice destaca, además, por haber sido el primero en recurrir a la emisión de deuda pública (se puede considerar “pública” en cuanto que destinada a fines de interés general, como era la consecución de la Unión de la Iglesia), lo que hizo por la vía del “censal mort” y a costa de dejar hipotecada por largo tiempo la Cámara Apostólica de la Corona de Aragón.

La política fiscal llevada a cabo por Benedicto XIII se puede considerar como culminación de toda una época –la aviñonesa– y también como el último canto del cisne de un fiscalismo que pronto se transformó, pasando a dosificarse de otra forma. En efecto, en los años que siguieron a Caspe, reinante ya la dinastía

Trastámara y con un papa Luna en horas crepusculares, ese fiscalismo de tipo aviñonés prácticamente se desvaneció, toda vez que comenzaba a gestarse un fiscalismo de más baja intensidad, pero más favorable a los intereses de la monarquía, a partir de la reclamación al clero de otro tipo de ayudas en forma de subsidios, en cierta manera sustitutivos de las décimas, que pronto dejaron de tener carácter ordinario.

Y es que los reyes Trastámaras, a diferencia de sus predecesores, ya no pudieron beneficiarse de los ingresos procedentes de la décima. Si bien durante el interregno y luego durante parte del breve reinado de Fernando I, el clero de la Corona de Aragón siguió tributando en esa exacción, su producto fue retenido íntegramente por la Cámara Apostólica. Ello se explica, en primera instancia, por las necesidades imperiosas de Benedicto XIII, empeñado en defender una causa que ya prácticamente tenía perdida. La entronización de los Trastámaras no supuso, pues, un retorno a la situación anterior, y el hecho de no poder contar con los ingresos de la décima habría podido influir en la decisión tomada por Fernando I cuando recurrió —como era lógico, por otra parte, tras la sustracción de la obediencia al papa Luna— a la apropiación de las rentas de aquel organismo papal.

Para asegurar la continuidad de ingresos de origen eclesiástico a favor de la Corona, y a pesar de mantener el secuestro de la Cámara Apostólica, Alfonso el Magnánimo realizó diversas demandas fiscales al papa Martín V. Por lo que respecta a la décima, no obtuvo nada; en cambio, sí prosperó la petición de subsidios de carácter extraordinario —siempre teniendo como telón de fondo la cuestión del Cisma, so pretexto del gran dispendio que estaba ocasionando a la monarquía—, pero ello tuvo que hacerse respetando, hasta cierto punto, las directrices marcadas por el concilio de Constanza desde el momento que fue requerido cierto grado de consentimiento de los representantes del clero, cuya opinión fue escuchada en el marco de las sucesivas asambleas conciliares. Estas asambleas no pudieron negar la ayuda al monarca, pero al menos consiguieron importantes rebajas sobre las sumas previamente negociadas por el Magnánimo con la curia romana. Hablamos, pues, de subsidios negociados por partida doble: con el papado y con la Iglesia nacional. Sin la parte de reserva que el papado acostumbraba a adjudicarse sobre el producto de las décimas, estos subsidios debían ser íntegramente satisfechos a la monarquía (dejando de lado adicionales procuraciones reclamadas por algunos legados)⁸⁵, constituyendo, a partir de entonces, la principal vía de transferencia de

85. El monto total de los tres subsidios obtenidos por la monarquía durante este periodo (1418, 1424, 1429) alcanzaría un mínimo de 140.000 florines, lo que supondría un promedio de unos 12.000 fl. anuales. Quedan al margen las cantidades retenidas por los legados de Martín V.

renta eclesiástica a favor de aquélla. A pesar de que la forma de tasación sería prácticamente idéntica a la de las décimas, parece plausible que la implantación de esos subsidios comportaría una disminución sustancial de la presión fiscal sobre el clero de la Corona de Aragón, sobre todo a partir de cuando (1423-1424) se llevó a cabo la reducción de las tasas beneficiales a la mitad.

En la Corona de Aragón, el año 1429 marca a todos los efectos el punto y final del Cisma de la Iglesia de Occidente –a raíz del desalojo de los “herejes” de Peñíscola y de la restitución al papado de Roma de la Cámara Apostólica, esto es, de todas las rentas ordinarias que gestionaba dicho organismo–, y también marca el final de un periodo de transición durante el cual se dio paso a otro modelo de transferencia fiscal, siendo ello reflejo también del progresivo afianzamiento de la soberanía regia sobre la Iglesia de sus reinos.